

Euskadi 2050: el proyecto pendiente de convertirse en un país pequeño rico

Cada cierto tiempo, algún informe del INE recuerda una evidencia incómoda y a la vez esperanzadora: Euskadi es, con diferencia, la comunidad autónoma con mejores fundamentos económicos de España después de Madrid. Renta per cápita de 41.016 euros, paro estructuralmente bajo para los estándares ibéricos, una industria que exporta y compite, instituciones fiscales propias que funcionan. Y sin embargo, cuando se compara con Dinamarca o Singapur, "los países pequeños que han llevado la prosperidad a su máxima expresión en Europa y Asia", la distancia es abismal: entre un 40% y un 70% de renta por habitante, y un mercado laboral con tres o cuatro veces más paro. La pregunta que este artículo quiere plantear no es retórica: ¿puede Euskadi aspirar, de verdad, a jugar en esa liga?

Lo que ya tenemos: una base que no es menor

Sería injusto empezar por las carencias. Euskadi parte de una posición que ninguna otra autonomía del Estado comparte: el Concierto Económico le da una autonomía fiscal real, algo excepcional en el mapa autonómico. Tiene una industria diversificada de alto valor, "siderurgia, automoción, bienes de equipo, máquina-herramienta" con clústeres tecnológicos maduros que llevan décadas funcionando. Su tasa de paro, aunque alta comparada con Dinamarca, es de las más bajas de España. Y su tamaño poblacional, 2,2 millones de habitantes, no es un obstáculo: Dinamarca tiene solo 6 millones y Singapur menos de 6, y ambos han demostrado que la escala pequeña, bien gestionada, puede ser una ventaja competitiva, no un lastre.

Lo que nos falta: el diagnóstico sin anestesia

Pero hay que decirlo con la misma claridad: Euskadi crece despacio. En 2024 su PIB avanzó un 2,8%, el ritmo más bajo entre las grandes economías regionales del Estado, precisamente porque su industria, siendo sólida, es una industria madura, con menos recorrido de crecimiento que los sectores de frontera. No tenemos un equivalente al efecto Novo Nordisk danés, "una sola empresa farmacéutica capaz de explicar dos quintas partes del crecimiento nacional", ni una apuesta tan decidida por la energía verde como exportación tecnológica, y no ya como mero autoabastecimiento. Nuestro mercado laboral sigue atado a un marco estatal más rígido que la "flexiguridad" danesa, que combina facilidad de contratación y despido con una red de protección social generosa y políticas activas de empleo muy potentes. Y como el resto de Europa envejecida, tenemos un problema demográfico que ninguna reforma fiscal resuelve por sí sola.

El proyecto: tres apuestas, no treinta

Si Euskadi quiere de verdad acercarse a las economías de referencia, el error sería dispersarse en decenas de planes estratégicos sectoriales, como se ha hecho tantas veces. Dinamarca no es rica porque tenga buena suerte en todos los sectores: es rica porque decidió, hace décadas, apostar fuerte por dos o tres áreas: "farmacéutica, energía eólica, agroalimentario de precisión" y llevarlas hasta el liderazgo mundial. Singapur hizo lo mismo con finanzas, logística portuaria y manufactura de semiconductores. Euskadi tiene que elegir con la misma disciplina: hidrógeno verde y energía eólica marina, donde ya hay una base industrial y de ingeniería aprovechable; microelectrónica y semiconductores, aprovechando el momento europeo de reindustrialización tecnológica; y biotecnología/salud, apalancada en los centros de investigación ya existentes. No veinte prioridades. Tres, con recursos concentrados y horizonte de una generación.

A esto hay que sumar una reforma pactada del mercado laboral "dentro del marco competencial actual y explorando cuanto margen adicional se puede negociar con el Estado" y una política de inmigración cualificada activa, porque sin población trabajadora no hay convergencia posible, por muy buena que sea la política industrial.

El obstáculo que no es solo económico

Aquí conviene ser honesto sobre algo que trasciende la técnica económica: buena parte de la capacidad de maniobra que tienen Dinamarca y Singapur para actuar con esa rapidez y coherencia proviene de ser Estados soberanos, con política monetaria, laboral y, exterior propias. Euskadi no lo es, y el grado de autogobierno que debería o no tener es, legítimamente, un debate político abierto en la sociedad vasca y española, con posiciones que van desde quienes reclaman mayor soberanía como condición necesaria para este proyecto, hasta quienes defienden que el marco actual "con sus reformas pendientes" es compatible con la convergencia. Este artículo no pretende zanjar esa discusión, que es de naturaleza política y no económica, pero sí señalar que ignorarla sería ingenuo: cualquier plan de convergencia real tendrá que lidiar, en algún momento, con los límites que impone no controlar todas las palancas macroeconómicas.

El plazo: generación, no legislatura

Y aquí llega la advertencia que todo buen proyecto de país necesita: esto no se resuelve en una legislatura ni en diez años. Dinamarca no se convirtió en lo que es de la noche a la mañana; fueron décadas de reformas laborales consistentes, apuesta tecnológica sostenida y estabilidad institucional. Si Euskadi lograra mantener un diferencial de crecimiento de 1 a 1,5 puntos porcentuales por encima de Dinamarca de forma ininterrumpida, "algo que muy pocas economías han conseguido en la historia reciente, con Irlanda como ejemplo más citado", la convergencia total tardaría entre 20 y 35 años. Una convergencia parcial, cerrando la mitad de la brecha actual, es un objetivo mucho más razonable en un horizonte de 15-20 años.

Una ambición legítima, un plan sin atajos

No hay ninguna ley económica que condene a Euskadi a quedarse donde está. Tiene la base industrial, la institucionalidad fiscal y el capital humano para intentarlo. Lo que le

falta es lo mismo que le ha faltado casi siempre a las economías que se quedan a medio camino entre lo bueno y lo excelente: la disciplina de elegir pocas prioridades y sostenerlas durante una generación entera, más allá de ciclos electorales y coyunturas. El proyecto de igualar a Dinamarca o acercarse a Singapur no es una fantasía, pero tampoco es gratis: exige decisiones incómodas sobre mercado laboral, especialización productiva y, tarde o temprano, sobre el propio marco institucional. La pregunta no es si Euskadi puede hacerlo. Es si estamos dispuestos, como sociedad, a pagar el precio de intentarlo en serio.

JAVIER BATARRITA GAZTELU